

Cristina Higuera

# Soy tu mirada

la esfera  de los libros

# 1

*Acuarela June*

*44 años*

*1,72 m*

*56 kilos*

*En proceso de extinción*

Se quita las gafas tras añadir un emoticono sonriente a la frase de presentación. Un detalle que remata el perfil elaborado hace días. Sonríe. Saltarse las reglas es sexi, peligroso. Especialmente en su situación. ¿Por estar casada? No. No por eso, precisamente.

La imaginación de quien mire la fotografía completará la figura en blanco y negro sobre fondo neutro. Una sencilla instantánea aderezada con unos impersonales pantalones vaqueros y una ceñida camiseta de tirantes. Solo falta el rostro. Únicamente. No es mucho. Cualquiera puede suponer que se trata de una mujer atractiva. Una más entre tantas otras en busca de compañía. Sin embargo, los que pululan por la web se quedarían atónitos si contemplaran la parte ausente de la imagen. El rostro de pómulos rotundos enmarcado por su cuidada melena castaña les resultaría tremendamente familiar. Tanto como la

tensa expresión que su cara adquiriría cuando la sorprendía una cámara o un micrófono. Una imagen que había salpicado con frecuencia los informativos, colándose en los hogares de todo el país.

Esta vez, los tópicos, los sobrentendidos y los compartimentos estancos la favorecen. Nada suele ser lo que parece. Aunque las piezas encajen. Sobre todo, cuando las piezas encajan. Ella lo sabe muy bien.

Vuelve a ponerse las gafas para curiosear el panorama que le ofrece el club virtual sin saber con precisión lo que espera encontrar. No podría decirse que busque contactar con alguien. Más bien espera sentir la emoción de lo imprevisto. Algo que la saque del bucle al que la vida la ha llevado. Una reiteración en la que el hastío había ido adquiriendo un protagonismo que Nora Salinas quisiera haber evitado a toda costa pero que, a estas alturas, tiene que reconocer si quiere ser sincera consigo misma.

Grino emite un gruñidito solicitando su postre tras haber dado buena cuenta del plato de pienso. Nora le da un trocito de tostada y le palmea con ternura el lustroso lomo color canela, pero el perro continúa solicitando más comida elevándose sobre las dos patas traseras y apoyando las delanteras en el muslo de su ama.

—Ya no hay más, que te estás poniendo muy gordo —le regaña cariñosamente mientras le acaricia la cabeza. Grino, resignado, se sienta junto al taburete con la esperanza de que su amiga cambie de opinión y le termine premiando con alguna chuchería.

Mientras mastica un biscote con fiambre de pavo, Nora examina diferentes perfiles masculinos. Abundan los individuos musculosos, la mayoría de ellos tatuados, exhibiéndose en multitud de imágenes. Hay otros muy delgados con atisbo de pertenecer a variopintas tribus urbanas. También gordos insulsos que la corrección política imperante suele renombrar como

«fofisanos», posando con ropa holgada para disimular la tripa. Y, para acabar, los que su tía Ester tildaría de «gurruminos», palabra que a Nora le hace mucha gracia y que podría ser tan equivalente a «empollón» como a «tontolaba». Todos aseguran tener una vida extraordinaria repleta de aficiones apasionantes. *Hobbies* sospechosamente parecidos. Las descripciones y los comentarios que aspiran a indicar que tienen un gran sentido del humor, creyendo por eso que van a predisponer a la audiencia femenina, carecen tanto de gracia como sus aspectos. Aunque apenas hace una semana que es miembro del club virtual, ya han contactado con ella tipos de todas estas características. Sin excepción, se esfuerzan en ser singulares, pero lo único que consiguen es reproducir patrones. Unas vidas sin historia que hay que adornar.

Arquea las cejas de modo inconsciente. Le sorprende que haya mujeres que se sientan atraídas por semejantes individuos. Las presentaciones de algunos le hacen sonreír, otras le parecen patéticas, pero en general el proceso de navegar de incógnito le resulta divertido. El anonimato le permite dejar de ser Nora Salinas, con todo lo que eso significa. Siente ese hormigueo en el estómago tan característico. El mismo de cuando era niña y cometía una travesura.

Se aprende mucho de uno mismo cuando te adentras en terreno inestable. Y esa actividad en la que estaba inmersa, tan adulta, le hacía sentir de manera inesperada como cuando jugaba en su infancia a los recortables y vestía a las figuras de papel que ella misma había creado. Bastaba con cambiarles el traje y colocarles una peluca, un bigote o una barba si se trataba de hombres, o unas gafas y caderas o pechos algo más prominentes rellenando el vestido si eran mujeres, para que se transformaran en personajes totalmente diferentes. Además de diseñar los muñecos, dibujaba el vestuario y los complementos. Recuerda con agrado el modo de ajustar el modelito mediante las pestañas de papel a la silueta recortada. Jugaba a que esos pequeños

maniquís eran espías cuya misión era infiltrarse en una organización criminal y necesitaban caracterizarse para resultar irreconocibles. Algo parecido a lo que ella estaba realizando ahora. Ninguna de esas figuritas tenía nombre propio, pero todas pertenecían al CPO, siglas de Comité Potente Organización, una especie de organismo gubernamental inventado por ella misma que velaba por el bien de los ciudadanos. A veces dirigía la película, porque Nora, la niña, se la imaginaba como tal. Tumbada en el suelo, frente al espejo, organizaba los encuadres más convenientes para que dialogaran los personajes. Los situaba estratégicamente y los convertía en sus particulares estrellas de papel.

Toma el mando a distancia que ha dejado junto al plato con los restos del desayuno, lo orienta hacia el aparato a través de la ventana que comunica la cocina con el salón y sube levemente el volumen de la música que suena de fondo. Cecilia Bartoli cantando ese aria del repertorio de Farinelli ha contribuido a realizar su particular viaje en el tiempo.

La música clásica es la banda sonora de su infancia. Cada vez que recuerda esa etapa de su vida lo hace con una pieza de algún compositor anterior al siglo xx. Trampas del subconsciente, pues no hay fundamento alguno para pensar que la armonía formara parte de esa fase de su existencia, tan inundada de ruido. Como en las películas, la música es algo que ella ha introducido *a posteriori*.

Coge la taza con intención de dar otro sorbo a su primer café del día, pero comprueba que lo ha terminado. Levanta la vista hacia el reloj de pared. Las ocho y cuarto. Esperaba que fuera más tarde, seguramente porque Jaime salió hace un buen rato de casa y ella ya ha sacado a pasear a Grino. Se alegra de disponer todavía de unos minutos antes de ir al juzgado.

Toma con los dedos el pequeño trozo de biscote y se lo lleva a la boca sacudiendo a continuación las manos sobre el plato para depositar las migas. Se levanta del taburete y va hacia el otro

extremo de la cocina para coger la cafetera. Cuando está vertiendo el humeante líquido en la taza, escucha un sonido. Es el tono característico de la aplicación de contactos. La adrenalina que la musiquilla le produce le incita a acercarse a la *tablet*. Antes, adereza el café con un chorrito de edulcorante, da un sorbo para comprobar que está lo suficientemente dulce y va hacia la mesa.

La franja de unos ojos negros enmarcados por unas pobladas cejas inunda la pantalla. Ojos a la vez poderosos y débiles, desvalidos y seguros, sugerentes y pudorosos. Transmiten una confianza que la invita a contactar virtualmente con él. Como si el dueño de los mismos la observara traspasando la barrera de lo evidente. Es simplemente una fotografía, pero le da la impresión de que el hombre la está viendo con nitidez a través de la pantalla. Siente de repente que tiene humedecida la nuca con algo de sudor e, instintivamente, se levanta la melena para refrescarse.

*Kairós*

*39 años*

*1,84 m*

*70 kilos*

*Soy tu mirada*

Tras leer el modo que tiene el personaje de presentarse, ve que aparece una frase en la banda destinada al diálogo.

*Kairós: Antes de que te extingas, ¿me dejarás mirar dentro de ti?*

Nora da un respingo. Una alarma interna se le ha disparado de manera automática. Repasa visualmente su propia foto con el temor de que algún detalle la haya delatado. La inquietud dura solo unos instantes. No existe la más mínima pista que indique a quién puede corresponder la imagen que ella ha col-

gado. El tal Kairós probablemente es un tipo detallista ya que ha recogido el guante que ella dejaba caer en su presentación: «En proceso de extinción».

*Acuarela June*: Prefiero, de momento, no exponerme.

Casi inmediatamente su interlocutor responde.

*Kairós*: No me has entendido. Ver tu cara me importa menos que lo que hay detrás. Los rostros, al final, cambian, se deterioran. En definitiva, caducan.

*Acuarela June*: Hay gente que se gasta mucho dinero en que eso no pase.

*Kairós*: Esos o esas suelen empeorarlo todavía más.

*Acuarela June*: Bueno, el interior también se transforma.

*Kairós*: No necesariamente. Puede permanecer inalterable si te empeñas en ello.

*Acuarela June*: ¿Crees que basta con quererlo?

*Kairós*: No. Basta con quererse.

Kairós. Un personaje aparentemente más interesante que las vulgaridades con las que se ha topado hasta ahora. Se dispone a seguir el hilo de la charla cuando escucha tres golpes sincopados provenientes de la entrada.

En lugar de ladrar, como es lo habitual cuando alguien llama a la puerta o un ruido fuera de lo corriente interfiere en su plácida rutina, Grino va en silencio hacia su rincón, se hace un ovillo y mete el hocico entre la cobertura de su camita. Parece asustado.

Nora baja el volumen de la música y se dirige al recibidor. Echa un vistazo por la mirilla. No parece haber nadie tras la puerta. Regresa a la cocina. Se repiten los tres golpes. Con la misma cadencia e intensidad.

—¿Quién es? —pregunta alzando la voz.

Ante la ausencia de respuesta, vuelve a la entrada. Descorre el pestillo y abre. El descansillo está desierto. No hay más viviendas en el ático, así que descarta que haya sido algún vecino. Cierra. Vuelve a la cocina. A medio camino se cruza con Grino, que camina con su trote pizpireto hacia el recibidor. Nora le sigue con la mirada. Ve que el perro está husmeando el suelo. Alguien ha deslizado un sobre por debajo de la puerta. Ella da unas cuantas zancadas y se apresura a abrir para ver quién está jugando al escondite. El rellano del ático continúa vacío. Se agacha para recoger lo que parece una carta y cierra la puerta. No figura remitente ni destinatario, pero está cerrada. Despega la solapa para acceder a lo que hay en el interior. El sobre está vacío. Mete los dedos dentro por si hubiera algún minúsculo objeto que le hubiera pasado desapercibido. Nada. Regresa a la cocina y permanece en pie, desconcertada. Orienta el mando a distancia hacia el equipo de música y presiona la tecla de apagado. Silencio.

Tras unos instantes, Grino altera la actitud pensativa de Nora al arrimarse a ella. Levanta las orejas e inclina la cabeza hacia un lado, como esperando a que su amiga le comunique lo que está pensando.



Hay daños que se empeñan en flotar en la superficie con el objetivo de ser recordados. Da igual lo que hagas para hundirlos, siguen encima de todo lo demás, como el aceite, para poner en evidencia tus miserias. No soporto que la gente sienta lástima. Me provoca vergüenza ajena o propia, depende de la circunstancia. Algo así como sentirte abrasada por el sol tras haberte quedado dormida en la playa.

Ha pasado mucho tiempo. Treinta años se puede considerar mucho tiempo, ¿verdad? Sin embargo, hay cosas de entonces que tengo mejor grabadas en la memoria que las que he vivido hace pocos días. Por ejemplo, si algo recuerdo claramente de la estancia en el hospital es el reflejo de la compasión en la cara de las personas que me visitaban. Esa expresión de pena que aspiraba a ser comprensiva y que lo único que hacía era fastidiarme más de lo que estaba. Estoy segura de que habrían tenido el mismo gesto si en lugar de a la clínica hubieran ido a visitarme al tanatorio. Tan de serie como las camisetas fabricadas en China.

Recuerdo con nitidez la cara de mi padre, reprimiendo durante aquellos días su habitual coletilla: «Te lo dije», u otras expresiones de esa índole a las cuales era tan aficionado. A pe-

sar de su silencio, yo leía en su mirada el descontento por haberle salido tan débil, por no haber sabido defenderme. El reproche por no haber cumplido las expectativas que, de haber sido un chico, seguro habría satisfecho. Por muchos esfuerzos que haga, no tengo ni un solo recuerdo de un gesto de cariño proveniente de él, a pesar de haber rebuscado en mi memoria.

Aun con la poca experiencia vital que se tiene con catorce años, yo podía diferenciar la pena sobrecargada de la gente que me visitaba del dolor que sentía mi madre. Ella intentaba camuflarlo con una sonrisa, pero sus ojos transmitían un inmenso desconsuelo. Inconscientemente pestañeaba con rapidez intentando de esa forma que se esfumara el motivo que lo provocaba. Daba igual, aunque lo disimulara, yo me daba perfecta cuenta de lo que le pasaba por dentro. Las pocas palabras que salían de su boca sonaban de manera diferente, como rotas por una amargura que era incapaz de ocultar. Y yo me sentía culpable de su tristeza. Cuando somos niños, nos sentimos responsables de lo malo que les ocurre a los adultos que amamos.

Mis tíos, algún compañero de trabajo de mi padre y otros que fueron desfilando por allí subrayaban la piedad. Siempre se tiende a destacar aquello a lo que le falta verdad. Entre el pesar de mamá y el del resto, existía un mar de diferencias. Las mismas que hay entre el dolor y la queja, entre el fondo y la forma, entre la realidad y la puesta en escena. Se trataba de una cuestión de profundidad. Ni más ni menos.

Seguramente a mamá se le acumulaban los arrepentimientos: arrepentimiento por no haber tomado en serio ciertas señales, arrepentimiento por haber escondido la cabeza y, en consecuencia, arrepentimiento por no haber actuado.

Constaté que nadie me respetaba. Por otra parte, no era de extrañar dada mi trayectoria de vapuleada reincidente. El papel de víctima, aunque a veces pueda parecer lo contrario, no es el más valorado socialmente.

Me sentía dolorida, incómoda, con la desagradable impresión de tener los músculos clavados con grapas en los huesos y sin ganas siquiera de respirar, pero al menos en el hospital me sentía a salvo.

Al contrario de lo que podría esperarse, no sentía la menor emoción, como si mis partes blandas se hubieran deshidratado convirtiéndose en esas reliquias de santos que parecen de madera. No sabría decir si esa aparente indiferencia enmascaraba una depresión. Por la experiencia que he ido adquiriendo, sé que muchos estados de tristeza derivan en rabia. Desde luego no fue mi caso. No en ese momento de mi vida.

Empecé a valorar pequeños detalles que antes me pasaban desapercibidos, como las nubes que veía a través de la ventana de mi habitación y que se me antojaban con forma de dibujos animados, casi todos con apariencia de animales. Graciosas mascotas de algodón que se extendían por el cielo. Pedía a las enfermeras que subieran la persiana para disfrutar con ese espectáculo que yo traducía en mi mente. Ellas se resistían diciendo que tenía que descansar. Como si estando a oscuras con los fantasmas acechándome lo facilitara precisamente. Al final, casi siempre accedían, supongo que porque les daba pena. Entonces yo contemplaba aquellas figuras que se desplazaban por el cielo y fantaseaba imaginando hacia dónde irían, qué se dispondrían a hacer y cuál sería la relación que tendrían entre ellas: si serían familia, amigas o sencillamente iba cada una por su lado. Algunas tenían forma de pájaro, otras de tortuga e incluso fui capaz de distinguir algún que otro elefante.

El mundo para mí seguía siendo extraño, pero dejó de darme miedo. Ya no me sobresaltaban los ruidos imprevistos. La constante sensación de peligro con la que me había habituado a convivir diariamente había desaparecido, sobre todo durante el día. En el hospital, entre sus paredes esterilizadas, no tenía que volver la cabeza para ver si me estaban siguiendo. Me había acostumbrado a hacerlo para esquivar el empujón o, al menos,

que no me pillase desprevenida. Era mi truco de supervivencia. De esa forma podía salir corriendo o controlar la caída, que nunca hasta entonces había sido grave. Leves contusiones y, en el peor de los casos, algún raspón en las palmas de las manos, en los codos o en las rodillas. Hay testimonio gráfico de ello. De hecho, creo que apenas existen fotografías de entonces en las que no se me aprecie alguna magulladura. Las heridas no me importaban demasiado. Tenía más miedo a la burla que provocaban mis batacazos.

El ataque siempre había sido en plano. Normalmente en la calle, a pocos metros de la puerta de salida del colegio. Esos solían ser sus territorios. Lo que complicó la situación fue que el empujón se produjo bajando las escaleras para dirigirme al comedor. Recuerdo la angustiada sensación de perder el equilibrio y las náuseas cuando llegué al suelo, probablemente ocasionadas por el intenso dolor o por la peste a lejía con la que acababan de fregar; las gafas que salieron volando; las voces que venían desde un lugar indefinido y lejano, cada vez más lejano..., hasta que cesaron.

Lo malo: la fractura de la tibia y una fuerte conmoción cerebral. Lo bueno: la perspectiva de que desaparecieran de mi vida tras, por fin, la decisión de mis padres de sacarme del colegio y matricularme en el instituto.

Se habían esfumado las amenazas que formaban parte del aire y que me cubrían como arenas movedizas. Me sentía como una tortuga a la que han quitado el caparazón: más ligera, aunque desnuda. Una tortuga humanizada. Como alguna de esas nubes que divisaba en el cielo. Poco a poco, fui dejando de llorar y comencé a soñar.

La década que Nora Salinas llevaba ejerciendo como magistrada en el juzgado de primera instancia número cincuenta y cinco de Madrid se le había pasado como un suspiro. Le gustaba que en su lugar de trabajo se sintiera cada día el pulso de la sociedad latiendo en las calles. Si algo había constatado a lo largo de este tiempo era que la tipología del delito había ido cambiando, pero la maldad permanecía invariable. Y lo implacable que era el mundo con los débiles, también. Su experiencia le había llevado a concluir que, si Dios existía, su obra era claramente mediocre: defectuosa y con una falta total de originalidad.

El primer destino que le asignaron fue Albacete, en el que permaneció los primeros años y en el que hizo buenos amigos. Al contrario que sus colegas, acogió con ilusión tener que abandonar la ciudad donde vivía. Irse de Madrid en aquel momento resultaba imprescindible. Habían sucedido demasiados percances a su alrededor como para verse capaz de desarrollar una vida normal. Necesitaba distanciarse de un ambiente demasiado enrarecido. Un cambio vital que le permitiera desarrollar su profesión de manera adecuada. Instalarse allí la renovó por dentro. Era joven, con energía de sobra para desarrollar su vo-

cación y para divertirse en los pocos ratos libres que le quedaban. Estar permanentemente activa le facilitaba dejar de pensar en lo que había dejado atrás.

En una de sus salidas nocturnas conoció a Jaime Soto, que entonces ejercía de profesor de instituto en la ciudad manchega, iniciando una relación que tiempo después acabaría en boda. Tras aquella temporada solicitó un puesto en Orense, ya que allí fue destinado Jaime tras aprobar las oposiciones a catedrático de Derecho. Aquel fue un periodo muy distinto. Poco después de establecerse en la ciudad gallega, Jaime y ella se casaron y sus hábitos se volvieron más convencionales. Permanecieron allí durante algo más de cinco años, tras los cuales Nora pidió volver a Madrid. Además de las ganas de abandonar una ciudad que la asfixiaba, a Jaime le había surgido la oportunidad de trasladarse a la capital para ocupar una vacante en la Universidad Complutense. Había llegado la hora de regresar.

De Galicia la pareja se trajo a Peregrino. Nora lo había salvado de morir ahogado en una acequia el último verano que pasaron en Galicia, cuando hicieron el Camino de Santiago. Era tan pequeño que ella lo transportó en el interior de una riñonera durante toda la ruta. Lo alimentaban con biberones para bebé que iban comprando en los pueblecitos por los que pasaban. Llegaron a Santiago los tres juntos y los tres se llevaron la acreditación de peregrinos. De ahí el nombre del perrillo, aunque al final lo terminaron llamando Grino.

Nora vino a Madrid con el particular soniquete de los gallegos al hablar y con el convencimiento de que no volvería a trabajar en un lugar en el que todo el mundo se conoce. El anonimato que le proporcionó la gran urbe la hizo sentir como pez en el agua durante mucho tiempo. Pero todo cambió cuando el juzgado decano le adjudicó la instrucción del llamado «caso Barbera». A partir de entonces, Nora Salinas entró en la categoría de lo que la prensa catalogaba como «jueces estrella».

El asunto que le dio la fama que ella nunca buscó era muy feo: la venta de unos pisos de protección oficial al fondo Barbera Capital. Una operación que acarreó el desahucio de más de trescientas familias. Las dudosas condiciones del proceso de venta, muy por debajo del precio de mercado, y la falta de transparencia en la operación llevaron el asunto a su juzgado. El peso político de varios gerifaltes presuntamente implicados, algunos de ellos miembros del partido del Gobierno, fue una circunstancia que hizo especialmente delicado el ejercicio de sus funciones. La cosa se complicó aún más cuando en pleno proceso de instrucción, Jaime, su marido, que se había dejado tentar por la política, pasó a engrosar tras las elecciones generales el mismo grupo de diputados en el que estaban varios de los acusados. Alguna vez la jueza había tenido presiones para archivar un caso y en este último la coyuntura se volvió especialmente compleja.

Fue difícil salir ilesa de ciertas acusaciones malintencionadas que utilizaron su delicada posición para ponerla en un brete. Sin embargo, lejos de que le temblara el pulso, analizó con lupa fundamentos, testimonios e indicios, en lugar de mirar hacia otro lado. Sabía muy bien detectar el olor a estiércol y nunca, a lo largo de su trayectoria, había tenido reparo en remangarse para limpiarlo. Le sugirieron abandonar el caso por ser cónyuge de un miembro del mismo partido político que algunos de los encausados, pero no consideró la necesidad de inhibirse, fundamentalmente por lo avanzada que se hallaba la investigación.

Pese a las presiones, nadie se atrevió a recusarla. Se quitó un peso de encima cuando concluyó que había razones suficientes para remitir el asunto a la Audiencia Provincial y, como es preceptivo, ser juzgado allí. Su trabajo por fin había terminado. Con ello silenció a los que se frotaban las manos convencidos de que archivaría el caso. Más de uno esperaba cargar contra ella acusándola de actuar movida por intereses espurios. Con su decisión se quedaron con dos palmos de narices.

Poco a poco todo fue volviendo a la normalidad y los medios de comunicación dejaron de ponerla en el candelero. Ya no era preciso salir a la calle con gafas de sol o dar un rodeo para evitar pasar por delante de un grupo de personas. Pasaba un mal rato cuando se sentía el centro de las miradas.

Aunque de vez en cuando alguien la reconocía, pudo volver a disfrutar de cosas sencillas que había tenido que restringir: sentarse en una terraza a disfrutar de un refresco, dar una vuelta por la ciudad tras salir del trabajo o, incluso, ir al supermercado. Actividades que habían formado parte de su vida cotidiana y a las que no daba importancia antes de convertirse en personaje mediático.

Si algo había aprendido tras ese periodo turbulento era que el reconocimiento y la relevancia social no compensaban el desasosiego que la presión le ocasionaba. Había constatado en sus propias carnes que el éxito no era tan de color de rosa como siempre había pensado. Ten cuidado con lo que deseas porque puedes conseguirlo. Lección aprendida.

Dada su antigüedad, podría ya haber ascendido y ejercer su trabajo en la Audiencia Provincial. Un destino mucho más tranquilo, sin guardias cada nueve días y sin el constante ajeteo que suponía estar en primera línea. Pero era también un destino considerablemente más aburrido. Le apasionaba lo que hacía y odiaba la rutina. Creía, además, que la posición de un juez de instrucción era la más libre dentro de la justicia penal. Por eso ni siquiera se planteaba solicitar el ascenso. Estaba en un momento de su vida en el que necesitaba reponerse de la presión sufrida durante demasiado tiempo.

Lo que no imaginaba era lo que le iba a deparar el futuro.